

## NAVIDAD 1975

### **"DIOS HA MANIFESTADO SU BONDAD Y SU TERNURA POR LOS HOMBRES" (TITO 3, 4)**

Nosotros sólo amamos a nuestros semejantes. En el fondo sólo nos amamos a nosotros mismos. El verdadero amor paternal no es innato; el verdadero amor maternal no es natural. Ningún amor verdadero es espontáneo: ellos exigen el sobrepasarse a sí mismo, el franquear nuestros límites, la apertura al misterio del otro.

Si presentamos a los padres un bebé anormal un "monstruo" sin brazos y sin piernas y veremos cómo su primera reacción será de rechazarlo.

Ellos esperaban encontrarse con la prolongación de sí mismos, contemplarse con emoción y complacencia en el espejo de su hijo. Pero ellos rechazan el reconocerse en esa imagen que no los proyecta. Ellos rechazan el verse como son ellos mismos: profundamente en "handicap"; pobres, débiles, frágiles, mortales. Ellos se creían bellos, jóvenes, invulnerables, y esta horrible revelación de su íntima verdad les causa repulsión.

Este rechazo, lo hemos escuchado mucho en estos días en formas y categorías notables. Como todos nos queremos jóvenes, bellos, fuertes, inmortales, no soportamos más a los viejos (los evacuamos de la casa, los escondemos en hospicios) los encerramos a los que viven en handicap, y les prohibimos caminar, trabajar, y tener relaciones humanas; nosotros llegamos a deshacernos de los enfermos. Los moribundos nos dan miedo, no soportamos la vista de un cadáver, sacamos a los pobres de los barrios residenciales (pero aceptamos a los ricos, aún si son viejos, feos, enfermos, odiosos, porque su dinero nos compensa: no nos importa ya la imagen de nosotros que ellos esperan).

A fuerza de rechazar la visión que nos presentan estos numerosos seres humanos, ya no tenemos más una verdadera visión del hombre, nosotros sólo llevamos ya una máscara de nuestras pretensiones y de nuestros miedos.

A fuerza de querernos desesperadamente conformes a un modelo artificial, nos hemos deshumanizado.

A fuerza de alejar de nosotros la debilidad y la muerte, hemos alejado la vida. Y como la vida humana es frágil, vulnerable y mortal, no habrá vida humana sin una aceptación de la muerte y sin una cierta familiaridad con ella.

A fuerza de rechazar de nosotros a todos los seres que nos recuerdan que hemos de morir, terminamos solitarios y endurecidos.

Qué inmenso fresco sentiríamos si nosotros nos desarmáramos, si entrásemos en la fraternidad de los pobres, de los viejos, de los enfermos. Al reconocerlos como hombres, como hermanos, recibiremos de ellos la revelación de nuestra propia humanidad, hermosa dentro de su miseria. "No desprecies tu propia carne" dice el Profeta.

Es uno de los significados de Navidad: ¿Qué puede ser más frágil, mas pobre, más dependiente que un niño, sino un hombre crucificado?

Aquí también en este nacimiento queremos contemplar una imagen gloriosa y aseguradora, una proyección de nuestros deseos, un Dios fuerte, rico, Todopoderoso, y en cambio se nos invita a reconocernos en este niño, que nos invita a transformarnos como niños: Simples, confiados que no viven sino del amor de los demás, y de las relaciones con los otros.

El cristiano ha inventado la más cruel decepción de la religiosidad natural, un Dios que muere, un Dios que excluye nuestra estúpida esperanza de inmortalidad, un Dios que no nos sirve para protegernos contra la muerte, un Dios que al contrario, nos enseña a morir; nos enseña a vivir como inmortales, a vivir como hombres.

Se comprende que ante este Dios, un Dios herido, un Dios desfigurado, un Dios moribundo, la reacción del Pueblo haya sido: "Tolle Tolle": Sáquenlo de allí, suprímanlo, desháganse de él.

Pero, ya aceptar morir es admitir la posibilidad de dar sentido a la muerte, porque cuando más desesperadamente la negamos, más afirmamos su no sentido, más afirmamos que ella no debiera existir, que es un absurdo, que es odiosa.

Pero admitirla es considerar la muerte como una cuestión que puede tener respuesta.

Abrirse a la muerte es como abrirse al amor: Salir de sí y encontrarse como en un más allá, como franqueando nuestros límites temerosos, confiándonos en un más allá de nuestras seguridades y de nuestras posesiones.

Un Dios humano nos invita a nacer y a morir fraternalmente con él, con todos, a ligar nuestra suerte a la suya, a la de los demás, participando de su noche, de su miedo, de su esperanza y de su amor.